

---

# TIEMPO ORDINARIO

---

## Il domingo del Tiempo Ordinario

---

- **Is 49, 3. 5-6.** Te hago luz de las naciones, para que seas mi salvación.
- **Sal 39. R.** Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.
- **1 Cor 1, 1-3.** A vosotros, gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.
- **Jn 1, 29-34.** Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

### 1. ¿Qué dice la Palabra?

En este segundo domingo del Tiempo Ordinario continuamos reflexionando sobre el relato del Bautismo del Señor, en este caso a través del evangelio de Juan. El texto inicia con una precisión temporal “al día siguiente”; ya que el evangelista venía narrando sobre el testimonio de Juan el Bautista, y acerca de las preguntas que giraban en torno a su persona.

Juan al ver a Jesús que venía caminando hacia él dice: “este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”.

El profeta Isaías en el canto del siervo de Dios, compara al siervo que sufre con un cordero al que se lleva al matadero: “como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca”. Jesús será crucificado durante la fiesta de Pascua y aparece como el verdadero cordero pascual, en el que se cumplía lo que había significado el cordero pascual en la salida de Egipto: liberación y camino de libertad hacia la promesa. Si en las penurias de la opresión egipcia la sangre del cordero pascual había sido decisiva para la liberación de Israel, Jesús —siervo, pastor y cordero— se ha hecho garantía ya no solo para Israel, sino para toda la humanidad.

Se llama pecado del mundo al pecado original, que es el pecado común a todos los hombres, cuyo pecado, como todos los demás que a éste pueden añadirse, los quita Jesucristo por medio de su gracia. Juan pasaba sus días dando testimonio de aquel que vendría, y que en el relato de hoy podemos.

Juan retoma su testimonio sobre Jesús: «detrás de mí viene un hombre que es más importante que yo, porque existía antes que yo». Estas dos afirmaciones de Juan nos hacen pensar en las dimensiones de Jesús; su vida terrena «vino detrás de Juan», es decir nació después de él; y sobre su realidad eterna: «existía antes que yo». Juan en sus palabras esclarece cuál es su misión: anunciar a aquel vendría para que el pueblo lo reconozca. Juan allana el camino, señala a Jesús, para que a él miren los hombres.

Podemos decir que Juan es quien da la mejor definición acerca de la persona de Jesús: El Hijo de Dios es el cordero que quita el pecado del mundo.

## 2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

- Juan atento a los signos percibe y ve a Jesús ¿Estoy atento a Jesús que viene a mi vida del mismo modo en que se acerca a Juan? ¿Entiendo que la centralidad de la misión de Jesús es la redención, es decir, salvarnos? ¿Y que por lo tanto Jesús se hizo “cordero” y muere por mí? ¿Y yo de qué forma puedo ofrecer para los demás?
- ¿Entiendo que tengo la gracia de haber recibido el bautismo del Espíritu Santo que vino a traer Jesús? ¿Qué significa para mí el bautismo? ¿Doy gracias de ser bautizado?
- Por lo que vio y experimento, Juan da testimonio de Jesús. ¿Y yo? ¿También vi y/o experimente cosas sobre Jesús? ¿Doy testimonio de Él? ¿Con mis palabras? ¿Con mis acciones? ¿con mis sentimientos? ¿Con mis propósitos?
- ¿Comprendo que al igual que en Jesús, el Espíritu Santo descendió sobre mí en el bautismo, y permanece acompañándome? ¿Y que por lo tanto no estoy solo? ¿Rezo, vivo o descanso en este Espíritu Santo que me acompaña?

## 3. ¿Qué le decimos a Dios?

Señor Jesús, este nombre que te dio Juan Bautista es tan extraño y tan rico que no lo comprendo plenamente. Pero hay algo que sí veo de inmediato: que eres tú quien quita el pecado del mundo; quien, tomando sobre ti nuestros pecados, has hecho que Dios los perdone y desaparezcan. Cordero de Dios que nos amas, sacrificado por amor de nosotros, eres verdaderamente el Siervo de Dios para la salvación del mundo. No habrías podido servirnos mejor. Gracias a ti, Hijo de Dios, Siervo de Dios, Cordero de Dios, nos sentimos, y somos, efectivamente liberados. Como cordero llevado al matadero, en silencio, has realizado, al dar la vida, la obra más digna de ser proclamada y predicada en todas partes. El don que ofreces en Pascua, que nos renueva, es el bautismo en el Espíritu Santo. Señor, danos la valentía de Juan Bautista para anunciarte. Muéstranos tu rostro y ayúdanos a conocerte, para poder transmitir a todos la experiencia personal de encuentro con el Dios de la Vida. Amén

## 4. La voz del Papa

Ángelus 19/1/2020

**Queridos hermanos y hermanas: ¡buenos días!**

**Este segundo domingo del Tiempo Ordinario supone una continuación a la Epifanía y la fiesta del Bautismo de Jesús. El pasaje evangélico (cf. Juan 1, 29-34) nos habla aún de la manifestación de Jesús. En efecto, después de haber sido bautizado en el río Jordán, Jesús fue consagrado por el Espíritu Santo que se posó sobre Él y fue proclamado Hijo de Dios por la voz del Padre celestial (cf. Mateo 3, 16-17 y siguientes). El evangelista Juan, a diferencia de los otros tres, no describe el evento, sino que nos propone el testimonio de**

Juan el Bautista. Fue el primer testigo de Cristo. Dios lo había llamado y preparado para esto.

El Bautista no puede frenar el urgente deseo de dar testimonio de Jesús y declara: «Y yo lo he visto y doy testimonio» (v. 34). Juan vio algo impactante, es decir, al Hijo amado de Dios en solidaridad con los pecadores; y el Espíritu Santo le hizo comprender la novedad inaudita, un verdadero cambio de rumbo. De hecho, mientras que en todas las religiones es el hombre quien ofrece y sacrifica algo para Dios, en el caso de Jesús es Dios quien ofrece a su Hijo para la salvación de la humanidad. Juan manifiesta su asombro y su consentimiento ante esta novedad traída por Jesús, a través de una expresión significativa que repetimos cada día en la misa: «¡He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!» (v. 29).

El testimonio de Juan el Bautista nos invita a empezar una y otra vez en nuestro camino de fe: empezar de nuevo desde Jesucristo, el Cordero lleno de misericordia que el Padre ha dado por nosotros. Sorprendámonos una vez más por la elección de Dios de estar de nuestro lado, de solidarizarse con nosotros los pecadores, y de salvar al mundo del mal haciéndose cargo de él totalmente.

Aprendamos de Juan el Bautista a no dar por sentado que ya conocemos a Jesús, que ya lo conocemos todo de Él (cf. v. 31). No es así. Detengámonos en el Evangelio, quizás incluso contemplando un icono de Cristo, un “Rostro Santo”. Contemplemos con los ojos y más aún con el corazón; y dejémonos instruir por el Espíritu Santo, que dentro de nosotros nos dice: ¡Es Él! Es el Hijo de Dios hecho cordero, inmolado por amor. Él, sólo Él ha cargado, sólo Él ha sufrido, sólo Él ha expiado el pecado de cada uno de nosotros, el pecado del mundo, y también mis pecados. Todos ellos. Los cargó todos sobre sí mismo y los quitó de nosotros, para que finalmente fuéramos libres, no más esclavos del mal. Sí, todavía somos pobres pecadores, pero no esclavos, no, no somos esclavos: ¡somos hijos, hijos de Dios!

Que la Virgen María nos otorgue la fuerza de dar testimonio de su Hijo Jesús; de anunciarlo con alegría con una vida liberada del mal y palabras llenas de fe maravillada y gratitud.